

De poetas, imaginación y transfiguraciones

Joselyn Silva Zamora*

Resumen:

El artículo hace una reflexión en torno a dos autores, José Ramón Alcántara Mejía y Alberto Chimal, para desarrollar el papel de los estudiantes y profesionales de la literatura. Particularmente se hace hincapié en la “transfiguración”: el paso de la palabra y el ser a la carne, a lo corporal y lo sensible.

Palabras clave: literatura, letras, poetas, transfiguración, literatura de la imaginación.

En memoria del Dr. José Alcántara

Most people do not realize that [...] unless they go on producing great authors, and especially great poets, their language will deteriorate [...] For our language goes on changing; our way of life changes, under the pressure of material changes in our environment in all sorts of ways; and unless we have those few men who combine and exceptional sensibility with an exceptional power over words, our own ability, no merely to express, but even to feel any but the crudest emotions, will degenerate
Eliot cit. en Alcántara (107).

Cuando en el último año de la preparatoria tuve que elegir la carrera que estudiaría, todo el mundo asumió que me iría a una ingeniería o a algo de ciencias por mi trayectoria académica. He de decir que más de uno se decepcionó cuando afirmé que me iría a Letras. “Te vas a morir de hambre”, fue la expresión que más escuché por aquellos días,

* **Licenciada en Literatura
Latinoamericana por la Universidad
Iberoamericana, Ciudad de México.**

Creo que muchos
de quienes
entramos a Letras
lo hicimos porque
queríamos —y
muchos aún
queremos— ser
escritores.

seguido del “¿y eso para qué sirve?”. Hasta la fecha, uno, no me he muerto de hambre; y dos, tampoco sé para qué sirve. Y es que no hay una respuesta única.

Podría parecer que los estudiantes de Letras nos la pasamos leyendo cosas que se quedan sólo entre nosotros, cosas que a los demás no les interesan —como la teoría literaria y las palabras rebuscadas—; o bien, pretendiendo escribir *bestsellers*. Y no diré que no. Creo que muchos de quienes entramos a Letras lo hicimos porque queríamos —y muchos aún queremos— ser escritores. Vaya qué error. Eso es lo primero que se nos debería decir cuando manifestamos que estudiaremos Literatura: Letras no te hace escritor; ¡pero ah cómo ayuda!

En mi carrera profesional me ha tocado un poco de todo: corrección de estilo, redacción, ir a congresos, investigar, apoyar en eventos culturales en escuelas... Casi todo lo he disfrutado y me ha servido para notar algo curioso: las mismas personas que años atrás me dijeron que me iba a morir de hambre, hoy dicen alegremente “¡qué padre está eso!”, refiriéndose a mi carrera y varios añaden que les hubiera gustado estudiar algo de Humanidades o Arte, pero la presión —familiar, escolar, laboral...— fue demasiada. No pintaré aquí a mis colegas ni a mí misma como una suerte de poetas malditos que enfrentamos a la sociedad y cometemos actos de rebeldía contra el Estado y sus estructuras, pero hay algo de ello: aun con todos los retos, no cedimos y estudiamos lo que nos dio la gana (por decirlo con palabras cordiales).

El epígrafe con el que inicio este texto viene en un artículo del querido Pepe Alcántara, uno de los Maestros que tuve en la licenciatura. Y le digo así, Maestro con «M» mayúscula —aclarando que él era doctor— porque fue una de las personas que más quise y respeté y que más me transmitió su amor por las letras y las Letras. Leer con él —Pepe Alcántara— el Quijote, a Sor Juana, teatro, o poesía mística fue hermoso. Pero además, Pepe me motivó a llevar mis lecturas un paso más allá. Para el trabajo final de Siglos de Oro le pregunté si podía hacer un análisis de la reescritura del Quijote en un álbum de folk metal. Recuerdo que sonrió y me dijo que me aventara, aun jugándome mi nota. Y algo parecido ocurrió con el Padre Gonzalo Balderas —otro Maestro— cuando le propuse hacer una revisión de la influencia de la Biblia en el metal (¡y salieron de cosas!). En ambos casos resultaron textos que disfruté enormemente

hacer porque juntaban dos de las cosas que más me apasionaban: la literatura y el metal; además, claro, del factor de que ambos Maestros creyeron en mí y me animaron a hacer algo distinto.

En su artículo, Pepe Alcántara nos recuerda el valor que tienen no sólo los escritores, sino los poetas en específico, en una sociedad y nos remonta lo mismo a Aristóteles que a Eliot. Cercano al inicio dice lo siguiente, parafraseando la cita de Eliot:

Los poetas son aquellos que tienen la sensibilidad para ver las diferencias y las similitudes en la naturaleza y, al mismo tiempo, construyen un lenguaje que destruye esas mismas similitudes y diferencias para hacernos ver, a través de las palabras, de las metáforas que son las palabras mismas, una grieta por la que se filtra, no lo que es, sino lo que debería o podría ser la historia humana. (100)

Podríamos caer en el lugar común de que los escritores imaginan (¿imaginamos?) el mejor de los mundos posibles y lo proponemos a la sociedad como ese escape que nunca va a llegar, pero por ahí no va el asunto. Ya no estamos en la época donde el arte imita a la naturaleza, pero tampoco en aquella donde se le evita pensando que hay que ser “originales” (¿qué es eso?). El arte, en este caso la literatura, siempre ha tenido un ámbito político; sea para apoyar al Estado —y la sociedad en general— o para criticarlo; sea en el momento de los hechos o años después (o incluso años antes). Escribir es, necesariamente, inscribirse en una larga tradición. Las palabras tienen poder y, como señalan Eliot y Alcántara, nos dan las herramientas no sólo para expresar lo que sentimos, sino para *sentir* lo que sentimos; no me refiero exactamente a que dichas sensaciones y sentimientos existen a partir de que se les da un nombre (muy a lo Wittgenstein), sino a que en las letras de esos poetas les hallamos y nos hallamos; es una suerte de empatía, de reflejo, que trasciende tiempo, espacio y realidad.

Sigo con Alcántara:

De ahí la diferencia entre el filósofo y el poeta. El uno “cree” que la razón, o mejor dicho, como señala Derrida, que el lenguaje de la razón es la realidad. El otro no “cree” en la realidad como una

entidad que pueda ser comprendida con la razón, con el “logos”, sino como algo que es revelado en las palabras.

Por ello el poeta busca transformar las palabras, encontrar en ellas y con ellas el espacio de la revelación. Es este proceso al que llamaremos, siguiendo a Frank Burch Brown, “transfiguración”. (101)

Y sobre esta “transfiguración” nos dice el Maestro:

La transfiguración es una imagen bíblica. La raíz de la palabra es “metamorfos”, cambio de forma, pero con una dimensión muy especial. Es cambio de forma que lleva a la encarnación, esto es, al desplazamiento del “ser” de la metafísica de la presencia hacia la persona de carne y hueso que se escribe, con temor y temblor, a sí misma, queriendo ser lo que debe ser. (Alcántara 106-107)

Está en la transfiguración la imagen de Jesús hablando con Moisés y Elías, pero también la de cualquier persona — un simple mortal, dirían algunos— que con todos los ires y venires se halla a sí mismo en sí mismo. Lo abstracto deja de serlo y se vuelve concreto y es lo que nos regalan los poetas: volver aprehensible lo inaprehensible, lo inasible. Nos dice Alcántara “con temor y temblor [...], queriendo ser lo que debe ser”. Me atrevería aquí a comentar sobre lo inmaterial del ser humano (llámenle alma, espíritu, como gusten): ese *algo* que es hasta que es. No existe hasta que se *encarna* y, por tanto, se hace lenguaje (en el principio fue el Verbo), atendiendo a que éste es —también— cultura, como nos dice Alcántara.

Siguiendo esta línea, Alberto Chimal reflexiona en uno de sus ensayos sobre literatura fantástica sobre la división —impuesta, diría yo— entre ficción y realidad y va un poco más allá: añade también la *imaginación*:

Ese lugar común [“la realidad iba más lejos que la imaginación”, citando a Carpentier] siempre me ha parecido desconcertante porque, como su versión más conocida (“la realidad siempre supera a la ficción”) pone a competir —y además en una *metáfora!*— a dos variedades de la experiencia por completo distintas. Peor aún, las frases ignoran el

hecho de que la imaginación y la ficción son *partes* de la realidad, y no sus opuestos ni sus adversarios. (86; las itálicas, paréntesis y comillas son del autor)

Me gusta cómo lo expresa Chimal: “dos variedades de la experiencia por completo distintas” que son “*partes* de la realidad, y no sus opuestos ni sus adversarios”. Así pues, destrona también, a su modo, el binarismo (muy a lo Derrida, nos diría Alcántara) y pone los elementos como un *todo* de la realidad que vivimos, misma que sólo podemos enfrentar y aprehender al estar dentro de ella pero queriéndola ver desde afuera.

Y a todo esto, ¿qué tenemos que ver los estudiantes y profesionales de Letras? Ah, aquí viene lo bueno. Repito: no se trata de decir que somos poetas malditos, magos que hacemos aparecer cosas de la nada o cualquier elemento por el estilo, sino una suerte de *reveladores*, como muy al inicio de la creación y transmisión de historias con la comunidad reunida junto al fuego. Muchas veces en los literatos, escritores y literatos-escritores recae cierta responsabilidad (no me gusta mucho el término, pero usémoslo) de mostrar lo que no es *mostrable*, decir lo *indecible*. Y para ello la realidad, la ficción y la imaginación son vitales.

Chimal desde hace buen tiempo ha manifestado su rechazo al término “literatura fantástica” y prefiere “literatura *de la imaginación*” y es que ésta es más amplia que aquel término que empezó Todorov y sigue hasta nuestros días. Es, creo, aquí cuando estos párrafos que les comparto empiezan a unirse: con su propuesta, Chimal reafirma más el ámbito político de la literatura; no es que la fantasía no lo haga (como se vio en el Congreso Internacional “Visiones de lo Fantástico V”, celebrado en Torino, Italia, el año pasado; el cual fue dedicado a lo fantástico y su relación con lo ideológico), pero insisto: la *imaginación* queda por encima. Nos dice el autor: “La literatura de la imaginación molesta a las mentalidades rígidas; incomoda y asusta a quienes creen en dogmas; encanta, maravilla y busca los caminos nuevos del pensamiento aun ante el riesgo del fracaso o de la locura” (91).

No se dice aquí que la literatura de la imaginación sea mejor o peor que la realista, sino que es la hermana incómoda de las letras: la que nos hace *transfigurarnos* queramos o no, porque los placeres, miedos, dolores se encarnan; el Verbo deja de ser mero verbo y se vuelve carne, sustancia; *siente*, pues.

Viene otra parte de ser esos *reveladores*: no sólo es mostrar lo que está oculto, sino demostrar que se puede ser más, vivir más, sentir más. Alcántara va y viene sobre la pareja “sensibilidad y poder” retomando a Eliot y tiene toda la razón; no pueden existir uno sin el otro. La literatura de la imaginación nos ofrece esa dupla. Comenta Chimal:

El horror de la maravilla —de su peligro, de su incorrección política, de su llamada— ha estado siempre entre nosotros: ahora nos ha llevado a suprimir en nosotros una posibilidad fundamental de la lectura y la escritura. Esto ha sido un daño, pues nos ha hecho entender el “realismo” como obediencia ciega a una idea fija de la realidad, como obligación de no apartarnos jamás de una sola visión de lo que es. Su efecto es, hoy, incluso político: un impulso hacia la sumisión, una impresión de que es imposible hacer nada salvo contemplar lo que hay, documentar los que entendemos como nuestros derrumbes y fracasos habituales. (88; las comillas e itálicas son del autor).

Por eso la literatura es un arma de doble filo: lo mismo reprime que libera. Por eso es tan necesaria, y, por ende, es tan necesario estudiarla y reflexionar sobre ella.

La extensión del presente artículo no me da para hacer una reflexión más profunda sobre el poder y la literatura, de lo cual se ha escrito muchísimo, pero hay algo que debe quedar claro: quien controla el lenguaje puede controlar la realidad. Por eso la literatura es un arma de doble filo: lo mismo reprime que libera. Por eso es tan necesaria, y, por ende, es tan necesario estudiarla y reflexionar sobre ella. Y no es suficiente señalar los elementos meramente *literarios* de una obra o un autor: hay que extender, transfigurar, romper. La literatura y sus estudios deberían ser lo más transgresores y subversivos posibles. Y una vuelta más: no se trata de estar en contra de todo y todos nada más porque sí, porque somos rebeldes y nada nos gusta; sino porque sólo a través de señalar tanto lo evidente como lo oculto podemos ver lo que nos decía Alcántara: lo que es, pero también lo que debería o podría ser.

Para ir cerrando, he de comentar que los dos autores en quienes me he apoyado escribieron en un contexto difícil, en un país herido por la violencia. Chimal es explícito: estábamos en plena guerra contra el narcotráfico y se pregunta —y nos pregunta— “¿de qué sirve [la literatura de la imaginación] en las circunstancias presentes?” (92):

Sirve como un recordatorio: no de que haya una ruta que todos debamos seguir, sino justo lo contrario: puede haber otras rutas, las de cada individuo, las olvidadas, las secretas. El poder actúa sobre nosotros, reduciéndonos mientras que, en cambio, la imaginación nos *incrementa*: nos permite indagar en lo que somos, nos permite explorar el mundo a nuestro modo, nos permite ver lo que está más allá de nosotros y de quienes dicen estar más arriba, quienes dicen ser mejores.

¿Ya he dicho que esta literatura es subversiva? Agrego que es una subversión necesaria: ninguna literatura puede cambiar el mundo, pero ésta es una de las pocas que puede cambiar a los individuos. (92-93; las itálicas son del autor).

Así pues, volvemos al círculo que tanto he tocado aquí: no es que los estudiantes y profesionales de la literatura seamos magos, salvadores, o sabelotodos; pero sí podemos aportar algo, así sea ínfimo: mostrar que siempre *hay más*; más que sentir, más que ver, más que hacer; eso que se transfigura en el día a día. Por ello creo que, como ocurre con otras disciplinas, no sirve de nada quedarnos nuestro saber sólo con nuestros colegas, hablando en un lenguaje inentendible y poco interesante para otras personas: muchas veces de nosotros dependerá si alguien se enamora o se desencanta con una obra, un autor, una serie, y un largo etcétera; porque es otro punto que dejo para un futuro texto: los profesionales de la literatura no sólo trabajamos con libros, trabajamos con el lenguaje y éste, como ya nos dijo Alcántara, es la cultura.

Bibliografía

- Alcántara Mejía, José Ramón. "Transfigurar el texto de la imaginación: a propósito de Michael Polanyi". *Reconfigurando la realidad en el espacio de la escritura*. México: Universidad Iberoamericana, 1997. Impreso.
- Chimal, Alberto. "De la escritura fantástica". *La Generación Z y otros ensayos*. México: Dirección General de Publicaciones, 2012. Impreso.